

con la imaginación, Parens se ve obligado a entrar en la polémica que la traducción de Shlomo Pines de la *Guía de perplejos* al inglés —en una edición prologada por Strauss—, y sus interpretaciones posteriores, han provocado siempre entre los straussianos. La traducción de la *Guía de perplejos* es, naturalmente, una de las dificultades iniciales del estudio de Maimónides.

No leer a Spinoza de una manera suficientemente literal llevó al joven Strauss a entender a Spinoza demasiado literalmente. En la estela de Strauss y de Kennington, Parens trata de compensar el problema de la literalidad en Spinoza con el recurso a la reticencia de Maimónides. En este sentido, que Spinoza escribiera esotéricamente para los “hombres libres” es menos relevante que el hecho de que leyera esotéricamente a Maimónides: Spinoza fue lo suficientemente maquiavélico como para interpretar literalmente a Maimónides en sus escritos, sabiendo perfectamente, sin embargo, cómo debía ser leído (pp. 14, 17). La pertenencia de Maimónides a la clase genuina de los filósofos se apoya en su condición de “educador”. La verdadera dificultad del educador reside en “suscitar el tipo adecuado de perplejidad en el tipo adecuado de público” o de lector (cf. pp. 22, 187). La *Guía de perplejos* se convierte así, según Parens, en un diálogo, en un drama filosófico (cf. pp. 27, 37, 187 con las “fuentes de la perplejidad”, pp. 32, 38).

El reconocimiento oficial de la filosofía en la Edad Media occidental, así como su carácter público a partir de la Ilustración, de la que Spinoza es uno de sus precursores más decididos, contrastan con su precariedad en el mundo judeoislámico. Esa precariedad, sin embargo, que obliga al filósofo a practicar su *skepsis* en privado o en el exilio —la *Guía* adopta la forma de una carta dirigida a un joven ansioso de saber y hace del exilio la condición de la profetología (cf. pp. 187, 113)—, vincula a los filósofos judeoislámicos a los filósofos clásicos. Además de una búsqueda del conocimiento, la filosofía genuina es una forma de vida.

ANTONIO LASTRA

Instituto Franklin de Investigación en Estudios Norteamericanos  
Universidad de Alcalá

PEREA YÉBENES, Sabino, *La idea del alma y el Más Allá en los cultos orientales durante el Imperio romano* (Madrid-Salamanca: Signifer Libros, Mikrá 1, 2012), 100 pp. ISBN: 978-84-936-991-2-7 — CUMONT, Franz, *Un episodio de la historia del paganismo en el siglo II d.C.: Alejandro de Abonuteico*, traducción y capítulo suplementario de Sabino Perea Yébenes, «Mikrá» 3 (Madrid-Salamanca: Signifer Libros, 2012), 110 pp. ISBN: 978-84-936-991-7-2

La editorial Signifer Libros (Madrid-Salamanca) ha inaugurado a principios del año pasado (2012) una nueva colección de libros, dirigida por Raúl González Salinero, profesor de la UNED (Madrid), bajo una serie titulada “Mikrá”, nombre debido no sólo al pequeño formato o tamaño de cada libro, de bolsillo, sino también a su extensión, entorno a las cien páginas o algo más, incluyendo el

aparato de imágenes o figuras. Son libros referentes a temas o personajes del mundo antiguo, según parece ser por los títulos de los tres volúmenes publicados en el primer año,<sup>1</sup> dentro del ámbito de la Antigüedad grecolatina en que está especializada dicha editorial. Damos aquí razón de dos de ellos, el primero y el tercero.

I. El primer vol., titulado *La idea del alma y el Más Allá en los cultos orientales durante el Imperio romano*, de Sabino Perea Yébenes, profesor titular de Historia Antigua en la Universidad de Murcia, está estructurado del modo siguiente: el estudio propiamente dicho sobre el tema (pp. 9-57), al que le siguen tres planchas ilustrativas de imágenes (pp. 59-61), la colección de textos papirológicos, epigráficos, y de autores antiguos (pp. 63-93), y la bibliografía (pp. 95-100).

El estudio sobre el tema está dividido en siete capítulos: 1. “La salvación del alma en las religiones místicas (reflexiones generales)”; 2. “Isis, guardiana del alma en el Hades subterráneo y celeste”; 3. “Cibeles y Attis”; 4. “Mithras, (además) señor de la bóveda celeste”; 5. “Plutarco”; 6. “Temistio”; 7. Reflexiones finales”. En estos capítulos el autor se interesa en exponer el concepto que tenían del alma, en época del Imperio romano, las religiones orientales de acuerdo con sus ritos iniciáticos, místicos, tal como se nos conserva en los textos explicativos de la época. Se interesa sobre todo de lo que sucede al individuo tras su muerte, la transformación de su persona, que lo capacita para realizar su viaje al Más Allá, y llegar a su nueva morada en regiones subterráneas o celestes, de difícil acceso. Confiado el individuo en los dioses que lo salvarán desde esta vida hasta su reposo eterno en el Más Allá, celebra su culto con la firme creencia en renacer a una vida nueva. Pero, aunque los textos parezcan describir a veces ese viaje con gran lujo de detalles, “las religiones orientales no especifican o no desarrollan la idea de la supervivencia del alma, más allá de procurar su salvación, y, a veces, su renacimiento, siempre expresado con poca precisión” (p. 17). El autor, apoyado en los textos, insiste continuamente en el hecho de que las religiones orientales, durante el Imperio romano, se muestran un tanto indefinidas, si no confusas, sobre determinados aspectos del alma tras la muerte del individuo. En el último capítulo (“Reflexiones finales”, pp. 55-57), el autor deja ver con claridad sus conclusiones, que en realidad constituye el objeto de su estudio: la trascendencia y supervivencia del alma en el Más Allá, no se encontraba sistematizado en una doctrina o teología, de la que sacar conclusiones más concretas. Ni siquiera hay una teología clara sobre la trasmigración de las almas, como tampoco sobre la reencarnación, ni sobre la vuelta al mundo corpóreo, es decir, lo que sería la resurrección de los cuerpos. “A lo más que llegaron en este sentido estas religiones orientales en el Imperio romano es a exponer – sobre todo iconográficamente – la idea del ‘tránsito

---

<sup>1</sup> El vol. 2 se debe a Santiago MONTERO DÍAZ, *Flavio Claudio Juliano, un emperador intelectual. Tres estudios*, con prólogo de Ramón Teja, « Míkrá » 2 (Madrid-Salamanca: Signifer Libros, 2012), XI+118 pp. ISBN: 978-84-938-991-3-4.

celestial' mediante la *imitatio* de divinidades que murieron y volvieron a la vida con un cuerpo sagrado, sacralizado, y ejemplar" (p. 57).

Por otra parte, el aspecto *salvífico* de los cultos místicos de las religiones orientales – posiblemente el punto más polémico de la tesis desarrollada en este libro, que no todos los estudiosos y teólogos de las religiones accederán a compartir – no es, según el autor, sinónimo de otra vida nueva a donde se renace, sino que “se refiere a la idea de redención, de expiación, de renovación y cátersis personal en esta vida... de estar a salvo tras la muerte, en una región perfecta y pura, donde no sea necesaria la redención de culpas” (p. 56).

Los textos propuestos (pp. 63-93), 32 en total y presentados siempre en forma bilingüe (griego / latino y español), son un acierto en este estudio. Esta selección proviene de la colección de *Papyri Graecae Magicae* (= PGM), del *Corpus Inscriptionum Graecarum* (= CIG), del *Corpus Inscriptionum Graecarum* (= CIL), de Filóstrato, Agustín de Hipona, Arnobio, Macrobio, Fírmico Materno, Apuleyo, Estobeo, Salustio, Juliano el Apóstata, Eusebio de Cesarea, Proclo, Porfirio, Orígenes, Marino de Neápolis y Temistio.

Entre las tres planchas con imágenes que siguen al texto, hay una, la n. 2 (p. 60), con un relieve conservado en el Museo de Módena. El relieve, dentro de un anillo ovalado del zodíaco, bajo el signo de Aries, representa a un joven alado y desnudo, con los pies de animal (toro o cabra) sobre una especie de cono con llamas, al igual que en su cabeza, que despide rayos, con atributos en sus manos (un largo bastón o cetro en la izquierda y una antorcha en la derecha), una cabeza de león en el pecho y rodeado todo su cuerpo, desde los pies, por una larga serpiente. Cabe advertir que se trata de una figura controvertida, sobre la que hay una amplia bibliografía y tres principales teorías (cf. LIMC I/1, p. 314, fig. 17; vol. I/2, p. 403, n. 17): para unos representa al dios órfico Fanes, nacido de un huevo (Cavedoni, Eisler, Deubner); para otros, a Fanes-Aión (Levi, Leglay); y para otros, al dios Mitra-Fanes (Cumont), opinión por la que se inclina el prof. Perea Yébenes.

Unas simples observaciones sobre algunas erratas que se han deslizado, y que podrían tenerse en cuenta para una segunda edición: 1) En pág. 31, lín. 17, debe leerse ποιμήν. 2) Debería revisarse la escritura griega del Texto 2 (p. 64): Χ(ριστο)ῦ, ἄγγελον... y distribuir mejor los versos, de modo que aparezca al lector el acróstico escondido: ΦΛΑΒΕΑ. 3) En la bibliografía, debe suprimirse la referencia a Ruiz Grijalvo (p. 99), error por Muñiz Grijalvo, que aparece correcta en p. 98. 4) Dado que en la bibliografía se cita el CIL, también debería citarse el CIG.

Me atrevo, por último, a sugerir una obra que me parece muy interesante y a propósito para el tema de este libro: Anne Le Bris, *La mort et les conceptions de l'Au-delà en Grèce ancienne à travers les épigrammes funéraires. Étude d'épigrammes d'Asie mineure de l'époque hellénistique et romaine*, Collection 'Études grecques' (Paris – Budapest - Torino : L'Harmattan, 2001).

II. El tercer vol. de la serie, sobre *Alejandro de Abonuteico* (s. II d.C.) contiene dos estudios del investigador belga, Franz Cumont (1868-1947), reconocido historiador de las religiones, seguido de una puesta al día, en capítulo suplementario, por su traductor y editor, el prof. Sabino Perea Yébenes.

El primer estudio (cap. I, pp. 9-57) es tal cual la tesis defendida, con gran éxito, por el jovencísimo Cumont en la Universidad de Gantes en 1887, con el que consiguió el grado de doctor en Filosofía. Tenía 19 años. El título de la tesis es el mismo prácticamente que el que lleva el libro que aquí comentamos. Se editó como obra premiada por la Academia de Bélgica: «Alexandre d'Abonotichos. Un épisode de l'histoire du paganisme au II<sup>e</sup> siècle de notre Ère», en *Mémoires couronnées publiés par l'Académie de Belgique* 40 (1887), pp. 5-53. Ha sido un acierto reeditar esta obra, una rara joya difícil de encontrar, y, sobre todo, ofrecerla al público español en una ágil y fresca traducción.

El segundo estudio (cap. II, pp. 59-67), cuya traducción debe alabarse igualmente, es un breve trabajo de Cumont publicado treinta y cinco años más tarde: “Alexandre d'Abonotichos et le Néo-Pythagorisme”, en *Revue de l'histoire des Religions* 86 (1922), pp. 202-210.

Conviene advertir que en la publicación de estos dos estudios, el prof. Perea Yébenes ha preferido dejar los textos de Cumont tal cual se editaron, sin añadir comentario alguno. Sólo, y pocas veces, cuando alguna palabra aparece escrita de modo extraño o incorrecto, respetuoso con el texto añade entre corchetes la simple anotación “[sic en el original]”.<sup>2</sup> Y para más fidelidad a las dos ediciones, ha optado por ir señalando a lo largo de los textos la correspondencia con las páginas originales. Tal vez esta fidelidad es la que ha hecho que el editor no haya enmendado algunas palabras griegas que han podido estar mal escritas en el texto original (ver más abajo).

Alejandro (ca. 105 – ca. 171/175), natural de Abonuteico, pequeña ciudad de Bitinia frente al Ponto Euxino (πόλις μικρὰ πρὸς τῷ Εὐξείνῳ πόντῳ, St.Byz. *Eth.* 10,16; cf. mapa en p. 102), fue el famoso taumaturgo griego contemporáneo de Marco Aurelio, Luciano, Avinus, gobernador del Ponto, y Rutiliano, gobernador de Mesia y luego procónsul de Asia. Fue un embaucador, que se autoproclamó profeta enviado de su dios-serpiente Glycón. Un hombre, como dice Luciano de Samósata en su tremendo alegato polémico y casi difamatorio Ἀλέξανδρος ἢ ψευδόμαντις, *Alejandro o falso profeta*, generalmente conocido por el título latino *Alexander*,

<sup>2</sup> Parece que el prof. Perea hubiese preferido, en vez de Chnoumis (p. 48, *bis*), Xnoubis, como está escrito en la n. 178, y en la *inscriptio* de la gema mágica de p. 84. Sin embargo, conviene recordar que, al ser un nombre egipcio, lo vemos continuamente escrito con muy diversa grafía (Chnoumis, Chnouphis, Cnoubis, Xnoubis, Chneph, Cneph...). El mismo topónimo Ἀβώνου τεύχος, como aparece cinco veces en Luciano (*Alex.* 9,12; 10,9; 10,13; 30,19 y 58,3; en 1,10: Ἀβωνοτειχίτος; cf. Str. 12,3.10), puede tener diferentes transcripciones en español: Abonuteic(h)o(s), Abonutic(h)o(s).

“fue un hombre tan grande en infamias como grande fue en heroísmo aquel otro Alejandro, hijo de Filipo” (*Alex.* 1). A pesar de que engañaba al pueblo con su disparatado culto y cobraba por sus oráculos hasta hacerse inmensamente rico, arrastraba multitud de fieles, alucinados por sus palabras. “A pesar de todo – dice Cumont –, ese culto sin sentido duró casi un siglo. El hecho se explica por la estúpida credulidad que cegaba a las gentes ignorantes de Asia Menor, que se extendió luego, como una enfermedad contagiosa, a los países más cultos” (p. 49). Pero el hecho más bien se explica por el enorme desconcierto ideológico y espiritual producido en el siglo II d.C. en medio de grandes incertidumbres y ansiedades, que tan fenomenalmente nos ha descrito E.R. Dodds en su libro *Paganos y cristianos en una época de angustia* (New York 1970). En esta época, llena de tensiones interiores, es posible encontrar las más grandes contradicciones conviviendo con el anhelo de una clarificación a todos los niveles.

Respecto a la referida serpiente Glycón, con la que los autores relacionan tantas veces la figura de Alejandro con la de Esculapio, es importante y necesaria la advertencia de Cumont: “no está simplemente consagrada al dios, como la lechuza a Atenea o el águila a Júpiter, sino que será el dios mismo, una suerte de encarnación de Esculapio. Se anuncia como ‘el hijo pequeño’ de Júpiter descendido sobre la tierra para iluminar a los hombres, y que en esta epifanía ha tomado el nombre de Glycón” (p. 26). Alejandro sabía disfrazar su mentira cuando se le preguntaba si ese Esculapio reencarnado era el mismo o no del viejo habitante del Olimpo. Con gran evasiva hacía responder al oráculo “que esto era un misterio que no merecía la pena interesarse o esclarecer” (pp. 26-27). Una gema proveniente tal vez de Antioquía (cf. LIMC IV/1, p. 281, B. n° 19, un diseño a pluma, idéntico al que encabeza el primer estudio de Cumont, cf. p. 9) es testimonio, único hasta el momento, de esta relación de Asclepio/Esculapio con Glycón: se trata de un diáspero rojo ovalado que representa a Asclepio semidesnudo, apoyado en su bastón y, frente a él, la serpiente Glycón con cola bífida. Pero Cumont advierte que no conviene exagerar esta relación: Esculapio y Glycón sólo tienen un parecido lejano. De hecho, “Glycón es un dios en Abonuteico, en tanto que en los demás *asclepieia* la serpiente tiene únicamente una importancia secundaria. Alejandro no es simplemente, como los demás sacerdotes griegos, el intermediario entre la divinidad y los hombres: es también una especie de dios al que se rinde culto. La manera de hacerle consultas se diferencia también de las usadas en los templos de Esculapio; sus predicciones se aplican a los temas más variados; y, finalmente y sobre todo, los misterios que él estableció en honor de los hijos de Apolo son absolutamente extraños al funcionamiento de los *asclepieia* griegos” (p. 37).

El tercer estudio (cap. III, pp. 69-110) es un *Capítulo suplementario* elaborado por el prof. Perea Yébenes, quien ofrece un juicio crítico del Alejandro de Abonuteico, visto a distancia de más de un siglo de la publicación de Cumont, y tras la publicación de hace ya quince años de la consistente edición y estudio de

Ulrich Victor, *Lukian von Samosata: Alexandros oder der Lügenprophet* (Leiden: Brill, 1997).

El autor no pretende hacer un capítulo de “actualización científica”, que excedería los límites propuestos. Su intención es otra: ofrecer una serie de materiales lagunosos en la obra de Cumont y poner al lector frente a una amplia ventana abierta a nuevas perspectivas para el estudio de la figura de Alejandro. Y para ello, el prof. Perea comienza con unas muy instructivas páginas dedicadas a la reflexión crítica de los anteriores trabajos de Cumont (pp. 69-75), profundizando en los dos “Alejandros”, el de 1887 y el de 1922, tan tremendamente distintos (cf. especialmente las pp. 71-72). Una reflexión en perspectiva de estos dos trabajos era conveniente, por lo que ha sido un acierto comenzar este capítulo supletorio con ello. Tras esta, digamos, introducción, que ya en el fondo conlleva una actualización, el capítulo se presenta como un necesario “instrumento de trabajo” que reúne “todas las referencias bibliográficas que un lector o un investigador debe consultar para ampliar conocimientos o para profundizar en un tema concreto” (p. 75). A este propósito, no sólo ofrece un amplio apoyo gráfico, casi nulo prácticamente en la obra de Cumont, sino que procura, además, que su lector tenga una “bibliográfica temática actualizada” (pp. 75-77). Aquí, y con referencia a la amplia bibliografía final por orden alfabético de los autores (pp. 103-110), el prof. Perea despliega numerosos aspectos de suma utilidad para el estudio del personaje bitinio: desde el ambiente y cultura de su época hasta sus relaciones con otros movimientos (epicureísmo, cristianismo, neopitagorismo), así como para el estudio del culto a la serpiente en Asia Menor y área balcánica, y de modo particular sobre el culto de Glycón, y su imagen en la epigrafía y numismática de la época.

Causa admiración observar cómo en la iconografía numismática se asocian el poder imperial con la persona de Alejandro. En no pocas monedas tenemos testimonios de esta asociación: la efigie de Antonino Pío o Lucio Vero, Alejandro Severo, Geta, Gordiano III, Treboniano Gallo, Carcalla, Maximino o incluso Marco Aurelio aparece por una cara de la moneda, mientras por la otra se representa la imagen de Glycón con la precisa *inscriptio*, que no deja lugar a duda, de ΓΛΥΚΩΝ ΑΒΩΝΟΤΕΙΧΕΙΤΩΝ, (o con cambio de orden de las palabras), o simplemente ΑΒΩΝΟΤΕΙΧΕΙΤΩΝ. Pero también ΙΩΝΟΠΟΛΕΙΤΩΝ ΓΛΥΚΩΝ: bien es sabido que Alejandro supo obtener del mismo emperador hasta el cambio de nombre de su ciudad (Ἀβώνου τείχος) por el de Ἴωνόπολις, *Ciudad deIÓN*, “sin duda en honor deIÓN, hijo de Apolo y Creusa, y hermano, por tanto, de Esculapio” (p. 24, cf. Luc. *Alex.* 58), signo indudable de su poderosa influencia social.

Y, para abundar en la ya completa bibliografía, añadiría el reciente estudio de Jesús M<sup>a</sup> Nieto Ibáñez, *Cristianismo y profecías de Apolo. Los oráculos paganos en la Patrística griega (siglos II-V)* (Madrid: Trotta, 2010), una excelente obra, con una amplísima bibliografía, sobre el progresivo languidecer del mundo pagano a

medida que iba abriéndose paso el cristianismo. Indudablemente en esta obra también se hace referencia a Alejandro de Abonuteico.

Sumamente importante en esta colección es la amplia selección de textos antiguos, griegos y latinos (pp. 81-95), en edición bilingüe, que constituye un magnífico material de testimonios iconográficos, numismáticos, escultóricos (altares dedicados a Glycón), inscripciones, y documentos literarios, que ponen al lector en contacto directo con las fuentes. Sería magnífico que todos los libros de la serie se mantuviesen con esta característica, pues esta selección de texto es la que hace que cada libro trascienda en gran medida la temática de que es objeto, abriendo con gran riqueza el marco de su limitado contenido.

A propósito de las referencias antiguas, conviene dejar claro que la única fuente literaria que habla con claridad de Alejandro es la referida obra de Luciano. De hecho, el texto del apologeta Atenágoras, *Legatio sive Supplicatio pro Christianis* 26,3-4 (cf. pp. 93-94), parece ofrecer dudas para algunos estudiosos, que entienden que el texto se refiere, no a Alejandro de Abonuteico, sino al héroe troyano Paris, hijo de Príamo y Hécuba, cuyo nombre alternativo y usual en la *Iliada* homérica es Alejandro, sobre el que Atenágoras cita precisamente el verso de *Il.* 3, 39 (cf. G. Bordenache Battaglia, art. *Glycon*, en *LIMC* IV/1, p. 279). Sin embargo, considerado el texto de Atenágoras con rigor, el verso de la *Iliada* bien puede encajar en el texto para establecer un paralelo con aquel Alejandro-Paris homérico, no sólo por coincidir en el nombre, que sería lo de menos, sino por coincidir las características y actitudes personales de los dos Alejandros: aquella descarada inmoralidad de la que ambos personajes hacían gala y que, en vez de enfurecer a la gente y serle de motivo de crítica, se constituía en un instrumento de seducción (cf. *Luc. Alex.* 3 y 42). Tal paralelismo es indicado por Cumont en su tesis refiriéndose a las características del “falso profeta” (cf. p. 45, n.165).

Pero además, e igualmente interesante, el prof. Perea ha hecho una buena selección de textos de autores modernos (pp. 95-100) que describen la figura de Alejandro de Abonuteico, su oráculo y la imagen de Glycón (A. Bouché-Leclerq, E.R. Dodds, M. Giner Soria, M. Le Glay, C.P. Jones, A. Mastrocinque, y R. Turcan), selección muy útil para confrontar la opinión de Cumont.

Hace algo más de un cuarto de siglo que la documentación iconográfica sobre Alejandro de Abonuteico no era más que la gema con la representación de Asclepio frente a Glycón y las monedas de Abonuteico-Ionópolis. De hecho, el mismo Cumont presentó su tesis en 1887 con sólo dos figuras al inicio del texto, que se reproducen en esta edición (p. 9). En este sentido, la reedición hecha el prof. Perea Yébenes tiene el mérito de haber ilustrado convenientemente – “con finalidad didáctica”, dice él (p. 78) – lo que son testimonios iconográficos que nos ayudan a comprender el mundo de Alejandro: una buena selección de imágenes de variado tipo (monedas, gemas, inscripciones, esculturas, aras...), a lo que ha añadido – y no deja de ser curioso – hasta dos ilustrativos dibujos de Mike Fiamya

para el relato de Alan Moore “The Serpent and the Sword” (de 1999), que muestra la proyección de Alejandro en la actualidad. Y, por último, un mapa muy instructivo donde es posible imaginar la extensión geográfica por donde circuló la religión de Alejandro alrededor del Ponto Euxino (p. 102). De hecho, aunque el epicentro del culto de Glycón estaba en Abonuteico-Ionópolis, se extendió a otras ciudades griegas de Asia Menor, como Gangra-Germanópolis, Tieion, Pérgamo, Callatis, Tomis, etc.

No es el caso de ir a la caza de erratas, pero observo que en los textos griegos se han deslizado algunas de cuando en cuando, cosa a veces imprevisible. En ocasiones se debe al uso de las vocales largas o breves, o a la colocación errada del acento o al trastoque de los espíritus. No tienen mayor importancia y se reconocen los casos fácilmente, pero convendría ponerles remedio para una segunda edición, en orden a resaltar el cuidado que el libro tiene en otros muchos aspectos. Citaré algunos ejemplos. Deben leerse así las siguientes palabras: πολὺ (p. 17, n. 29, lín. 26); Ἀλεξάνδρου (p. 21, n. 53); Ἰωνοπολιτῶν - Ἰωνοπόλεως (p. 24, n. 67, lín. 11 y 12); ἐσθλὰ... πολλὰ (p. 34, n. 114); ἀνθρωπόμορφόν τι (p. 47, lín. 10; sin embargo, correcto en p. 29, lín. 18); ἐντὸς (p. 50, n. 186); θεῖος ἀνὴρ (p. 76, lín. 24; y p. 94, n. 24 al final). Por otra parte, en p. 90, creo que debería corregirse una letra del verso de la inscripción encontrada en Antioquía de Orontes, que identificó con todo acierto Perdrizet, es decir, debería leerse ΦΕΛΗΝ, en lugar de ΦΕΛΗΝ; por otra parte, no debe extrañar la doble forma del epíteto apolíneo (ἀκερσοκόμης [1 vez en el TLG, en Aelius Herodianus (Ps.)] y ἀκερεκόμης, [10 veces en el TLG], como parece en Perdrizet y en el texto de Luciano respectivamente, p. 90), ambas son correctas, aunque la más común es ἀκερσοκόμης [19 veces en el TLG], “de larga cabellera”. Por último, sería conveniente acentuar el epíteto de Apolo, Φοῖβος (pp. 90 *bis*, 91).

No quiero olvidar una característica interesante de esta serie: el hecho de que se publica con tirada corta y fabricada a mano de modo artesanal, con papel especial.

No porque el tamaño sea pequeño son secundarios estos libros. Por encima del tamaño está la densidad de contenido. Si, siguiendo el modelo del vol.3, la editorial piensa recoger aquí contribuciones –artículos u obras menores– de autores importantes difíciles de encontrar actualmente, por hallarse en revistas o ediciones raras, para ponerlas al día en bibliografía o notas, esta colección “Mikrá” hará sin duda un “gran” servicio tanto a los investigadores como a cualquier lector interesado en temas de la Antigüedad. Pero, además, se preservará, actualizado, el legado de importantes estudiosos cuyos ensayos todavía tienen algo que decir. Felicitamos, pues, a la editorial y a su editor por esta nueva colección y le auguramos una fecunda trayectoria en esta nueva y atrayente serie.

ÁNGEL URBÁN  
Universidad de Córdoba